

*EL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA**

Nos hemos congregado hoy no como funcionarios o periodistas, como civiles o militares, como artistas o historiadores, como colegiales o catedráticos, sino ante todo –y sobre toda otra consideración– como mexicanos. Es decir: como hijos que se dan cita en una de las casas más venerables de la familia histórica nacional, a revisar los valores de un patrimonio que por igual a todos nos pertenece, a respirar el aire de nuestros héroes y a contemplar, en el desfile de la banderas que llevaron a la victoria o que defendieron con honor en el sacrificio, la evocación de otro gran desfile: el del pueblo mismo, que se ha ido pasando de mano en mano y de generación en generación una bandera que no está hecha con materias perecederas, pero que ondea en nuestro corazón cada vez que oímos las notas de nuestro himno y que flota en el mástil más alto de nuestra historia, izada por todos los mexicanos que sucumbieron para que nuestra Patria pudiese vivir con independencia, progresar con decoro y persistir con diáfana rectitud.

Por eso, desde el Primer Magistrado de la República hasta el escolar más modesto se hallan presentes –o, por la limitación del espacio, representados– en esta festividad. Y su presencia no es solamente una presencia corpórea, sólida, perceptible, sino una presencia de espíritu mexicano; pues, aunque el alma de nuestra historia no pueda naturalmente circunscribirse al perímetro de un museo, aunque sus aspiraciones y sus impulsos formen la base de nuestro desarrollo lo mismo en la paz de los campos que en el centro de las ciudades y aunque, donde quiera que un compatriota nace o fallece, la historia entera de nuestro pueblo sigue su curso, hay lugares que, por su esencia, son síntesis nacionales de esa corriente de vida en constante superación.

Uno de esos lugares es este sitio, encumbrado en la cima de una colina elegida por los aztecas como baluarte; paseo durante la época colonial; esbozo de palacio y después de archivo; asiento del Colegio Militar en 1841; pedestal glorioso de las proezas en que perdieron la vida los Niños Héroes; mansión de ornato del Archiduque Maximiliano y, por temporadas más o menos largas, residencia de

* *Inauguración del Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec.- México, D.F., 27 de septiembre de 1944. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp.26-30.*

varios Jefes de Estado durante los últimos años del siglo XIX y los primeros lustros del siglo XX.

Colina estoica, centinela que el Valle envuelve con lo más varonil y más terso de su paisaje: el espectáculo del Ajusco, la perspectiva de los volcanes, la majestad pensativa de un cielo insigne y el bosque próximo donde se elevan los ahuehuetes como un ejemplo de esa alianza de inmensidad y delicadeza, de fuerza y de tenuidad que sorprende y cautiva en México y que halla en esos árboles seculares su emblema augusto por la ciclópea energía de las raíces, el vigor de los troncos atormentados y la elegancia irónica del follaje, leve como una sombra y persistente y conciso como una máxima.

¿Qué mejor marco podía escogerse para el Museo de nuestra historia que este recinto y este paisaje, que por sí solos son ámbito del pasado, escenario de la ciudad presente, centro de la ciudad futura? Y, para quienes fingen no comprender todavía el alcance de nuestra Revolución, ¿qué mejor testimonio que el hecho de que haya sido un gobierno emanado de esa Revolución el que decidiera que este lugar –antaoño morada de Presidentes– fuera entregado al pueblo y que sea ahora un gobierno igualmente emanado de la Revolución el que se honre ofreciendo aquí un tributo a lo más genuino que el pueblo tiene: el amor de sus tradiciones, la custodia de sus reliquias, el orgullo de su ejecutoria como Nación?

Bien está, por cierto, que instalemos este Museo en el Castillo que ocupó antes nuestro Colegio Militar, puesto que, si el estudio imparcial de la historia constituye una garantía de persistencia para la Patria y la misión de un ejército democrático es la de proteger las instituciones que son producto legítimo de su historia, ¿quiénes podrían con más derecho servir de escudo al acervo histórico nacional que los broncees en que reencarnan los aguiluchoes de 1847? Juan de la Barrera, Juan Escutia, Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez, sus estatuas hacen la guardia de este establecimiento. Y podemos confiar en la guardia que hacen, porque sabemos que si sus cuerpos cayeron peleando por defenderlo, su ánimo no ha caído e inspirará en todo tiempo a los jóvenes mexicanos un estímulo generoso y una enseñanza ferviente de gallardía y de pundonor.

En semejante sentido de lealtad a lo nacional estriba indudablemente el significado profundo de este Museo. En sus salas alternan las épocas más distintas, los más opuestos semblantes, las antinomias más ostensibles. Como en capas geológicas sucesivas vemos en ellas la impaciente codicia de la conquista hecha por la espada y la evangélica gracia de la persuasión obtenida por el libro, la suntuosidad de los señores de la Colonia y la miseria dramática de los siervos que, por cada

misionero a quien respetaron, conocieron y padecieron a quién sabe cuántos encomenderos.

Viene, después, la zona inmortal de la Independencia; los balbuceos de la libertad que nació en Dolores y que, apenas nacida, tuvo que recorrer con los pies desnudos, enjuta y débil, entre los cardos de un trópico sin piedad, todas las rutas de la persecución y de la ignominia. Más tarde, por fin, la emancipación. Pero una emancipación que, frecuentemente, sólo constaba en fórmulas declamatorias, en cláusulas arrogantes, en imitaciones absurdas de imperios y en amagos sombríos de dictaduras.

Época de crisis, de pronunciamientos, de invasiones, de intervenciones. Mutilación de nuestro territorio. Violines austriacos entre el redoble de los tambores de los patriotas. Carrozas con coronas bordadas en el terciopelo de los cojines; troncos precarios; fusilamientos. Y, por encima de este ir y venir de soldados y de edecanes, por encima de esas iniciales borradas y repintadas, a toda prisa, sobre las portezuelas de los vehículos o en el escudo de las vajillas, por encima de los tratados suscritos en la hora del infortunio, la constancia del pueblo, del pueblo auténtico, fiel a la memoria de Hidalgo, a la energía de Morelos, al holocausto de los cadetes de Chapultepec, a la generación admirable de la Reforma, a la epopeya del 5 de mayo, a la tenacidad de Juárez y, entre defecciones y fugas y sangre y balas, a una empresa apremiante y a un éxito indiscutible: la perduración de lo nacional.

Tras de aquellas etapas, nuevas jornadas de crisis, nuevas sublevaciones. Tres decenios de reelección sistematizada. El noble magisterio de Justo sierra. Y, en 1910, otra vez el pueblo, el clamor del pueblo exigiendo tierras, invocando sufragios, ansiando escuelas. La elevación y el martirio del presidente Madero. Y, en respuesta al clamor del pueblo, un paso más hacia la realidad de nuestros derechos, un sentido más justo en la distribución de las responsabilidades; la Revolución y la Patria estrechamente unidas en una obra que ningún mexicano honrado podrá negar; la de organizar nuestra libertad sobre la única base estable que tienen todas las libertades: el respeto a la igualdad humana y el concepto de la redención colectiva por el trabajo.

He ahí, señores, lo que veremos una vez más al trasponer las puertas de este Museo. Retratos de hombres que lucharon unos con otros y a menudo unos contra otros; cóleras y pasiones que creyeron por un momento derrocar los principios que, sin quererlo, consolidaban; polvo de siglos y luz de ideas; objetos que duraron más que la voluntad de sus poseedores y espíritu que persiste sobre la caducidad y la inercia de los objetos...

Si estuvieran con nosotros en este instante quienes vivieron y murieron para que México fuese algo de lo que hoy es –y si se hallaran también aquellos que imaginaron otras modalidades para el esfuerzo de nuestro pueblo–; si monárquicos e insurgentes, conservadores y reformistas, liberales y reaccionarios resucitaran, ¿qué consejo mejor podrían proporcionarnos que el de no vulnerar la unidad ascendente de la nación? Ellos, que no admitieron en vida la coexistencia de sus entusiasmos dispares y vehementes, no han logrado evitar que los cubra, por encima de los sepulcros, un amor que es respeto para los héroes y magnanimidad y perdón para los que erraron.

Unos y otros están aquí. De unos y otros fluye nuestro presente. No obstante, por amplio que sea el perdón de México, unos están aquí como constructores, como descubridores, como civilizadores, como libertadores. Ante sus sombras nos inclinamos con íntima gratitud. Ellos han alcanzado por fin el derecho heroico de fraternizar con sus contrincantes y sus rivales. Pero no aceptarían que fuera nuestro recuerdo fosa común y nunca tolerarían que abandonásemos la obra que comenzaron, que su muerte dejó inconclusa y que es la redención general por la libertad, la organización de la libertad en la independencia y el robustecimiento de la independencia por la justicia.

Gran lección de cómo será la unidad de nuestro futuro es, por consiguiente, esta visita, que no supone la contemplación de un archivo mudo. Y lección todavía más elocuente si meditamos en el símbolo que resulta de la confrontación material del museo y de la ciudad.

Dentro de los muros de este Castillo se alza el primero, con sus anaqueles y sus vitrinas, sus repertorios y sus catálogos. Frente a él, la ciudad se extiende: tráfgo bullente, dédalo de calles, parpadeo de luces, vida en ignición. Sin embargo, entre la ciudad y el museo, la historia marca una vinculación invisible que ilustra el culto de los abuelos, tal como Renán lo puntualizó en una célebre conferencia. "El hombre –dijo– no se improvisa. La nación, como el individuo, es la resultante de un largo legado de esfuerzos, de sacrificios, de abnegaciones. Tener hazañas comunes en el pasado y, en el presente, una voluntad común; haber afrontado en conjunto vastas empresas; querer intentar otras todavía: ésas son las condiciones esenciales de todo pueblo. En el pasado, una herencia de glorias y de pesares que compartir; en el futuro, un mismo programa que realizar; haber sufrido, gozado, esperado juntos..." ¿No es, acaso, esta suma de circunstancias la que define, bajo el perfil de cambiantes fisonomías, el rostro eterno, la continuidad misteriosa y patética de la Patria?

Los muertos, los grandes muertos mandan aún en nuestras conciencias. Y su ejemplo magnífico nos invita a venir aquí, cada vez que la duda nos sobresalte, a avivar la llama de nuestra libertad y a escuchar, en su silencio sublime, la voz de México.